

Que embellecen sin fin la ajena vida
La suya desgarrándole á la vez.
La imágen del altivo castellano
Entre sus sueños por dó quiera está.
Dó quier del sueño entre el tumulto vano
Amor se juran, ósculos se dan.

Dó quier en ellos de su ingrata Rosa
La blanca sombra que le esquiva ve,
A otra fantasma presentando ansiosa
Los labios que arden de amorosa sed.

« ¡Maldita! entonces desolado esclama,
Maldita seas, infernal vision. »
Y el llanto que en su cólera derrama,
La hoguera apaga del antiguo amor.

« ¡Oh! ¿qué me importa, el infeliz decia,
Tarda opulencia y mentirosa prez,
Si la mitad de la existencia mia
Nunca con ella dividir podré?

Venga el infierno y por la vida y alma
Mi venganza me dé, sino mi amor.
Por ese instante de sangrienta calma
Lleve el infierno cuanto fué de Dios. »

Mas se espesaba cada vez la niebla,
Menos radiaba en derredor la luz;
El aura de honda oscuridad se puebla,
Nada se ve del firmamento azul.

Cual orla leve de fantasma errante,
Cual rayo de relámpago fugaz
Creyó Ibañez que viera por delante
La sombra de un espíritu pasar.

Era un objeto silencioso y vago,
Sensible solamente á la vision,
Como reflejo que sombrío lago
De un fuego fátuo á la presencia alzó.

Era una sombra que con propia vida
No necesita luz para nacer,
Cual nube que en el éter va perdida
Sin auxilio de plumas ni de piés.

Los ojos no conciben su contorno,
No reducido á forma aquel vapor,
Tal vez en él deformidad y adorno,
Galas lo mismo que defectos son.

No trajo voz ni levantó sonido
Por el húmedo suelo al resbalar,
Mas sintió el corazón sino el oído
Del triste sér la inmediacion fatal.

Tocóse Ibañez la ardorosa frente
Y la ancha mano se inundó en sudor.
Razon y ayuda demandó á su mente,
Y no estaba en su mente su razon.

Tendió la mano á la segura tierra
El cuerpo que vacila á sostener,

Y en vez del césped en sus dedos cierra
Aspero hierro que se aprieta á él.

En vano abierta la medrosa mano
Le abandona á su propia gravedad,
Las palmas hácia sí retira en vano,
Siempre tras ellas el objeto va.

Asele al fin : le oprime : es una llave.
¿Quién en aquellos sitios la perdió?
Un peregrino : un trovador : ¿quién sabe ?
Tal vez del cinto la perdió el baron.

Ibañez la guardó. Sinistro y lento
Era su paso y tardo el caminar;
Parecia que el solo pensamiento
Empujaba á la muerte voluntad.

Él tenia un secreto repentino
Que jamás hasta entonces comprendió,
Solo en la mente le abortó el destino,
No lo supo jamás el corazón.

Ibañez ni se acuerda ni lo sabe,
Que con su mente su intencion no va;
Solo percibe que al llevar la llave
Crece en el pecho vengativo afán.

Ni piensa, ni resiste, ni consiente,
Ignora acaso su intencion cuál es,
Mas ni duda á la par ni se arrepiente
De lo que llegue á consentir ni hacer.

En un pilar que sobre el foso oscuro
En una grieta de la peña está,
Metió la llave, y recediendo el muro,
Postigo oculto le convida á entrar.

Hundióse Ibañez por el muro hendido
Silencioso, sombrío, audaz, traidor,
Como un remordimiento mal dormido
Entra en el descuidado corazón.

Quedóse en soledad el campo mudo,
Y entre la lobreguez tornóse á oír
La voz del Aquilon salvaje y rudo
Y el murmullo apagado del festín.

—
Quien mirara á Pedro Ibañez
Ir caminando á deshora
Por las cuevas del castillo
Al resplandor de una antorcha :
Herizados los cabellos,
La faz amenazadora,
Los pasos desatentados,
Creyérale alguna sombra
Que alzando de su sepulcro
La fria y maciza losa,
De Dios á los vivos trae
Sentencia esterminadora.
Sus lentos pasos retumban
Por las olvidadas bóvedas,

Y de una en otra perdidas
Cual gemidos se prolongan.
En las grietas de las piedras
Las arañas hiladoras,
Al resplandor de la luz
Los negros cuerpos asoman,
Y á la inflexion de la llama
Que vacilante y dudosa
Reverbera por los muros
Que viste tiniebla lóbrega,
Fantasmas de luz se pintan
Cuya aparicion diabólica
En el punto que se muestra
Vuelve á perderse en la sombra.
En cada rincón oscuro
En que la vista se posa,
Parece que amedrentadas
Quimeras le desalojan.
A cada puerta ó esquina
Que se pasa ó que se dobla,
Parece que allá á lo lejos
Vuelan en fúnebre tropa.
Todas las manchas y bultos
Rostro y movimiento toman,
Y ya miran, ya amenazan,
Ya rien, temen ó mofan.
Visiones descoloridas
Que el alma crédula aborta
En la niñez, halagada
Con fábulas mentirosas.
A pasos lentos Ibañez
Caminando incierto, topa
Ancho salón embutido
De madera hasta la bóveda.
Allí de pez y de plomo
Y materias resinosas,
Inmenso almacén juntaron,
Que para defensa propia
En tiempos tan turbulentos
Precaucion ninguna sobra.
Como obedeciendo Ibañez
A oculta causa imperiosa,
O de antiguo pensamiento
A la fuerza tentadora,
Debajo los combustibles
Metió resuelto la antorcha.
Brotó la seca madera
Espesa, turbia y sonora
Nube de volátil humo
Con que el fuego se corona.
Cerrando entonces la puerta,
Ibañez á tientas toma
La ruta por donde vino
Hasta una escalera rota.
Y en lucha áspera y difícil,
Asaltando una tras otra,
Llegó á la torre en que Bus os,
Señor del castillo, mora.

Era una torre capaz,
Circundada á la redonda
De un terrado que rematan
Las almenas protectoras.
A su amparo, y defendidas
De exterior ofensa, toman
La luz dos anchas ventanas
Que rejas robustas orlan.
Corrió Ibañez á una puerta
Una barra ponderosa
Que impide abrirla por dentro,
Y la faz pálida y torva,
Asiéndose de una reja,
Por una ventana asoma.

Ya libres de las miradas
De la multitud curiosa,
Que grosera é imprudente
Hasta cuando aplaude estorba,
En delicioso retiro
Rosa y Don Bustos á solas
De sus amores platican
En su cámara ostentosa.
Ella aparece cual nunca
Halagüeña y seductora,
Suelto el cabello y los lazos,
Aliviada de las joyas.
El en sus brazos la aduerme
En ilusion amorosa,
Mas que nunca embebecido
En las gracias que la adornan.
Ella en silencio le mira,
Y las lágrimas le borra
Que de amor y de esperanza
De los párpados le brotan.
El los labios encendidos,
La mirada borrascosa
Que aun torba el licor ardiente
Cuyos vapores le embotan;
Y ella con ósculos tiernos,
Templando la abrasadora
Sed de sus labios, le besa
Entre osada y ruborosa.
Una cortina de seda
Que entera cubre la alcoba,
Vela á los profanos ojos
La escena voluptuosa :
Aunque la luz de una lámpara
Cuanto olvidada, traidora,
Trémula dibuja en ella
Sino los gestos, las sombras.
Si los ojos de un zeloso,
Cuando las dudas le acosan,
Pudieran salvar los muros
En las alas de su cólera,
Bien pudieran los de Ibañez
Hacer girones ahora
La impertinente cortina

En donde atento los posa.
 Dos barras de la ancha reja
 Ase, que casi las dobla,
 Y los ojos de serpiente
 Se le saltan de las órbitas.
 Sin perder línea ni pliegue
 De la tela tembladora,
 Sigue el movimiento fácil
 De las proyectadas sombras.
 Y ajenos de aquel testigo
 Busto Ramirez y Rosa
 Sus amorosas caricias
 En la soledad redoblan.
 Crujían los blandos besos
 En la morada recóndita,
 Y afuera del triste Ibañez
 Las aspiraciones roncas.
 A cada amante palabra
 Que en el aposento brota,
 Responde en la oculta reja
 Una blasfemia espantosa.
 Y entre tanto que uno sufre,
 Y libres los otros gozan,
 Doblar se oyó la campana
 Que á fuego y rebato toca.
 Interrúmpese el placer
 Y el sufrimiento se corta,
 Y el que antes gozaba sufre,
 Y el que antes sufría goza.
 Al ronco empuje del cierzo
 Que con dobles alas sopla,
 Crece el incendio y rebientan
 Las llamas devastadoras.
 Caen las techumbres de cedro,
 Las almenas se desploman,
 Estremécense las torres,
 Y se derrumban las bóvedas.
 Cada sala es una hoguera,
 Cada ventana una boca
 Que humo y resplandor vomita
 Y brama en tormenta sorda.
 En vano piden de dentro
 Que en su angustia les socorran,
 En vano aterrados gritan,
 Gimen, blasfeman, ú oran.
 Sordos están cielo y tierra;
 Denso el humo les ahoga,
 Y con el són del incendio
 Sus lamentos se sofocan.
 De aquella terrible hoguera
 A la trémula luz roja,
 Se ve de los campesinos
 La turba triste y medrosa,
 Como viageros curiosos
 Que contemplando se asombran
 Una erupcion del volcan
 Que fuego y peñascos brota :
 Y allá del Carrion humilde

A la márgen de las ondas,
 Ibañez tambien lo mira
 Con indiferencia torva.
 Apoyado está en un tronco,
 Asida una mano á otra,
 Y en una almena los ojos
 Que ruina amenaza pronta.
 Al fin de afanosa lucha
 Desesperada y dudosa,
 Cayó en el feso la almena;
 Y tras de la piedra rota
 Quedó una ventana, en donde,
 Como ilusion dolorosa,
 Los brazos al cielo tienden
 Por la reja dos personas.
 No se sienten sus lamentos,
 Ni se alcanza de su forma
 Mas que la espresion horrible
 De su profunda congoja.
 Llamas voraces les cercan
 En irresistible tropa,
 De cuya rabia es inútil
 Implorar misericordia.
 La inmensa torre rodean,
 Puertas y muros devoran,
 Y ¿cómo esperar perdon
 De quien ni piedras perdona
 Una llamarada inmensa
 La cerró en sus pliegues toda
 Y se borró para siempre
 La aparicion congojosa.

Dejó la ribera Ibañez,
 Y al despuntar de la aurora
 A todo escape en un potrero
 Valle y castillo abandona.

Del espléndido palacio
 Que ocupa en Valladolid
 El rey Don Juan el segundo
 Ya de su reinado al fin,
 Están recordando alegres
 Su antigua amistad pueril
 Dos bizarros cortesanos
 En oculto camarín.
 Y en el continuo abrazarse
 Y en el continuo reir,
 Se ve que en hallarse tienen
 Satisfaccion infantil;
 Y que cada cual se goza
 La ajena historia en oír,
 Como en recordar la suya
 Tal vez triste para sí.
 Están en el propio punto
 En que de entrambas al fin
 Tornan á identificarse
 Y su gozo á repetir.

D. Rodrigo. ¿Con que ¡voto á Belcebú!
 Aquel antiguo soldado
 Que tanto lidió á mi lado
 Por mejor causa eres tú?
Ibañez. Yo mismo sin duda alguna :
 Aquel Ibañez soy yo.
D. Rodrigo. Mucho á entrambos acudió
 Compasiva la fortuna.
Ibañez. Compáranla á una veleta
 Por tan inconstante ser.
D. Rodrigo. Dejara de ser muger
 Fortuna á no ser inquieta.
 Mas otro abrazo me da,
 Que aun dudo si estoy soñando.
Ibañez. Abrazos te iré yo dando
 Si esto te despertará.
D. Rodrigo. Mas, por Dios, que rico te ha-
 Ibañez, y á lo que veo [llo,
 No ayudó mal tu deseo
 Tu lanza con tu caballo;
 Pues si no me acuerdo mal
 Era tu única riqueza.
Ibañez. Espatrióse mi pobreza
 Merced al favor real.
 Dijeron de mi valor
 No sé qué, y conde me hicieron,
D. Rodrigo. Bien con tu valor cumplieron.
Ibañez. No sino con mi favor.
 Debióme la vida el rey
 En Navarra, y no fué mas.
D. Rodrigo. Oh! pues voto á Barrabas
 Que fueron hombres de ley.
 Y ¿qué hacen viéndote rico
 Esos parientes hambrientos?
Ibañez. Don Pedro llaman atentos
 Al que llamaban Perico.
 Yo les dispenso el cumplido
 Y les abrazo cortés :
 Pidenme, niego, y despues
 Se van por donde han venido.
 Pero á tí, por vida mia,
 Que tampoco mal te fué.
D. Rodrigo. Tanto, Ibañez, porfié
 Que sali con mi porfía.
 No me tocó como á tí
 Condado, ni valimiento;
 Pero en oro puro cuento
 Cuanto basta para mí.
Ibañez. Y á bien que si la memoria
 De tu ambicion no me engaña
 No te basta toda España.
D. Rodrigo. Aquí paz y despues gloria.
 Poseo lo que me basta
 Para tener envidiosos,
 Amigos menesterosos
 Y una numerosa casta.
 Aturdido me dejaron
 A mi vuelta tales gentes ;

No sé cuando mis parientes
 Asi se multiplicaron.
Ibañez. ¿Y consiguen de su afan?...
D. Rodrigo. Lo que los tuyos de tí :
 Pidenme, niego, y así
 Por donde vienen se van.
Ibañez. Justo! Así, beso por beso
 Y puñada por puñada.
D. Rodrigo. Cual ella me fué obligada
 Por mi gente me intereso.
 Pero bien está, y responde.
 ¿En qué tu amor se quedó?
 ¿En humo se disolvió
 Con el resplandor de conde?
Ibañez. El antiguo hace seis años
 Humo es como bien has dicho;
 Que vienen tras un capricho
 Un millon de desengaños.
 Pero hoy...
D. Rodrigo. Oyéndote estoy.
 Concluye. ¿Por de contado
 Que estarás enamorado?
Ibañez. Rodrigo, nunca como hoy.
D. Rodrigo. ¿Será hermosa?
Ibañez. Como un oro
D. Rodrigo. ¿Niña?
Ibañez. Diez y ocho quizás.
D. Rodrigo. Pues ya no la falta mas
 Que ser rica como un moro.
Ibañez. Lo cierto en ello no sé :
 Pero en la córte intródujo
 Su llegada tanto lujo
 Que casi escándalo fué.
D. Rodrigo. Pues por Dios que la fortuna
 No se cansa en tu favor;
 Pero tendrás de su amor
 Prendas que...
Ibañez. Indignas, ninguna.
D. Rodrigo. ¿Pero rivales un ciento?
Ibañez. No por cierto, mi Rodrigo.
 Yo solo soy quien consigo
 Finezas y valimiento.
 Es cierto que no hay baron,
 Hidalgo, conde ó marques
 Que no rindiera á sus piés
 Su fortuna y su blason.
 No hay trovador ni galan
 Que en cantares y torneos
 No se esceda en galanteos
 A Rosa de Montalvan.
 Todos los ojos en ella
 Detiene la multitud,
 Porque tiene de virtud
 Cuanto de rica y de bella.
 Mas ella por importunos
 Acredita sus festejos :
 Todos los ojos de lejos
 La gozan, cerca ningunos.

Y te aseguro en verdad
Que, aunque la amo como un loco,
No estimo, Rodrigo, en poco
Por ello mi vanidad.

D. Rodrigo. De tu fortuna me admiro,
Pedro Ibañez, envidioso,
Y mas estoy de orgulloso
Cuanto mas feliz te miro.

¿Mas quién es esa hermosura
Tan sin tacha de muger?

Ibañez. No pude tanto saber.

D. Rodrigo. Pues á fé que es aventura.

Ibañez. Porque nada se concilia

De haber nacido en la Galia

Y en Aragon y en Italia

Tener hacienda y familia.

Su apellido es castellano,

Rodrigo, como tú ves.

D. Rodrigo. Y pienso que tambien es
Hasta frances é italiano.

Pero pues es rica y bella

Y os amais los dos asi,

Tanto es ella para tí

Como eres tú para ella.

Cuando estemos mas á espacio,

Pedro, me la mostrarás.

Ibañez. Esta noche la verás,

Que ha de venir á palacio.

Por muger la he de pedir,

Y esta noche he de saber

Si puede y cómo ha de ser,

Que ella me lo ha de decir.

D. Rodrigo. ¿Tan pronto?

Ibañez. Estoy decidido.

Tanto en sus ojos me abraso

Que este mismo mes me caso

Si consiente en lo que pido.

D. Rodrigo. Prodigio será en lo bello,

Segun de perdido estás.

Ibañez. Esta noche la verás

Y decidirás en ello.

Entretanto hasta despues,

Que el rey sale.

D. Rodrigo. Vete en paz.

Y que en verla habré solaz

No te olvides.

Ibañez. A Dios pues.

Tomó Ibañez la escalera
Que daba al cuarto del rey
Sin que Rodrigo los ojos
Un punto apartara de él.
Doblóse detrás de Ibañez
La mampara en la pared;
El ruido de sus pisadas
Se acabó al fin de perder,
Y aun le parece que le oye,
Que le abraza y que le ve;

Tanto el encuentro de Ibañez

Fué á Don Rodrigo placer.

Pasaron unos momentos

En que, perdido tal vez

En recuerdos deliciosos

Quedó distraido en pié,

Los ojos en la mampara

Que cerró al salir aquel,

Y una sonrisa en los labios

De verdad y sencillez.

Al fin soltando un suspiro

Esclamó el rostro al volver:

¡Por la virgen que me alegro!

¿Quién lo imaginara de él?

Por la plaza de San Pablo

Ya bien entrada la noche,

Del palacio real volviéndose

Van platicando dos hombres;

Y á la luz que reverberan

Dos moribundos faroles,

Aunque no se ven sus rostros,

Sus figuras se conocen.

A corto trecho delante

Y á lentos pasos recorre

Via igual una litera

Seguida de dos hachones;

Y entre las verdes cortinas

A los rojos resplandores

Se divisan dos mugeres

Sentadas en los sillones.

Atravesaba todo ello

Por la oscuridad informe

Como de los sueños pasan

Fantásticas las visiones.

Y en los criados que alumbran

Y en los oscuros colores

Que viste la comitiva

De las cortesanas nobles,

Un no sé qué se trasluce

De rápidas precauciones

Que todo parece envuelto

En invisibles vapores.

Al reflejo de las luces

Se ven los rostros inmóviles,

Los ojos cristalizados

De los negros servidores.

Y algun crédulo dijera

Que en tal misterio se esconde

Un cumplimiento severo

De las celestiales órdenes.

Mas fuera vano temor

De la ilusion de la noche,

Porque entrados en un patio

Los hidalgos se disponen

A recibir á las damas

A quien parece que rondan

Segun del alcázar fueron
Detrás de ellas hasta entonces.

« ¡Rosa mia! esclamó el uno,

Prestando en los escalones

Primeros el brazo á una,

Al parecer la mas jóven.

— Estais, Don Pedro, servido, »

Ella pronta respondióle,

Abandonando en las suyas

Una mano que él recoge.

« Mi madre consiente en ello,

Y escusando dilaciones

En vos está la tardanza.

— Porque tal dicha se logre

Perdiera cuanto poseo.

Sueño parece esta noche

Que no he de olvidar jamás. »

Aquí á los anchos salones

Llegaban de su palacio

En cuyos ricos primores

Es bien que audaces los ojos

Se admiren cuando se poseen.

De finisimos tapices

Toda la sala vistióse,

Mullida en el pavimento

Alfombra de vivas flores.

Candelabros de oro y plata

Por las mesas y rincones,

Y bajillas y preseas

Dó quiera en aparadores.

Rosa y Don Pedro sentados

Esperaron á que torne

Don Rodrigo que acompaña

A la madre desde el coche,

Delante una chimenea,

Cuyos morillos de bronce

Teniendo están disolviéndose

En ceniza medio roble.

Entre las llamas volubles

Lanzan los rojos tizones

Chispas que naciendo espléndidas

Desaparecen veloces.

El humo elástico asciende

En espirales deformes

Despedido por las llamas

Que brotan á borbotones.

Y por dó quiera que el tronco

Lentas ó voraces orlen,

Yerve la savia que mana

Resistiendo sus furoros.

Entró por fin Don Rodrigo,

Y apenas Ibañez vióle,

Tomándole de la mano,

Delante Rosa le pone:

« Esta es mi esposa, » le dijo.

Alzó Rodrigo la noble

Frente, y la beldad de Rosa

Viendo, en verdad asombróse.

Saliéronse del salon,
Y al cruzar por los portones
A Rodrigo que le sigue
Pedro Ibañez preguntóle:
« ¿Qué te parece de Rosa?
¿Otra mas linda conoces?
— ¡Por Dios (contestó Rodrigo)
Que no la hay entre los hombres!
Y así permitan los cielos
Que tantos años la goces
Como ella tiene de deudas
A los cielos de favores. »

Era Rosa de célica hermosura,
Rica de gracias, rebosando amor,
Trasunto de la esbelta criatura
Que hizo en el fértil Paraiso Dios.

Soles los ojos, rosas la mejilla,
Risa los labios y márfil la tez,
Donde la calma de la infancia brilla,
Rica á pesar de juvenil placer.

No pertenece su hermosura y gala
A género, ni siglo, ni país,
Ni terrena beldad llega ni iguala
De la almá Rosa á la beldad gentil.

Gravita apenas en la blanda alfombra
La leve huella del enano pié,
Y tiene mas de la vaporosa sombra,
De inefable vision que de muger.

Flota el cabello en perfumados rizos
Al impulso de zéfiro fugaz,
Velando de la espalda los hechizos
Su voluble y espléndida espiral.

Cáenla de la mórbida cintura
En grupos que sujeta el cinturón
Los pliegues de la blanca vestidura
Que agita ligerísima en redor,

Como las aguas de elevada fuente
Caen en hebras de líquido cristal
Y el aura con mansísima corriente
Las mece confundidas al bajar.

Dó quier que está la delicada Rosa
En la corte, en el baile, en el festín,
No ha ojos ni atencion para otra hermosa;
Toda la absorbe poderosa en sí.

Por eso pasa solitaria vida
En medio de ruidosa sociedad,
De las damas sin duda aborrecida
Y respetada del amante audaz.

Y por eso á los piés de sus balcones,
Guardias perennes, embozados son,
Y óyese de estocadas y canciones
En la alta noche desigual rumor.

Siempre á sus puertas en mision de amores
Dueñas y pages aguardar se ven,
Ya ramilletes de tempranas flores
Ya amorosos billetes á traer.

Pero nunca se abrió puerta ó ventana
Ni billete ni flor á recibir :
Del palacio jamás la soberana
Canto pagó de trovador gentil.

Jamás oído de varon dichoso
El eco suave de su acento oyó,
Ni una mirada por su afan penoso
Gozó de Rosa parecido á amor.

Ninguno supo su pasada historia :
Nadie el solar en que nació cual es,
Nadie de su beldad tiene memoria,
Nadie pudo á su gente conocer.

Si algun osado su familia y tierra
De sus esclavos á inquirir llegó,
El secreto tenaz en que se encierra
No supo nunca por su propia voz.

Vagos rumores, misteriosos cuentos
Corren de ello tal vez en la ciudad;
Mas posan en tan vanos fundamentos
Que apenas nacen cuando en tierra dan.

Un hombre solo su palacio abierto,
Libres sus salas encontró tal vez,
Y de su audacia y su fortuna incierto
Pasó el umbral con receloso pié.

Ibañez solo de la linda maga
Tocó la mano y escuchó la voz;
Ibañez solo de placer se embriaga
Cediendo irresistible á la pasion.

No exhaló en vano sus amantes quejas
Velado en la nocturna oscuridad,
Que cuando ronda sus doradas rejas
Ella amorosa á responderle va.

Nunca enojada de su amante esceso
Por un cariño le volvió un desden,
Porque con fácil y abrasado beso
Una mirada le pagó tal vez.

Solo testigo de su amor demente
Fue Don Rodrigo y admiró su amor,
Solo con él su mercenaria gente
La fortuna de Ibañez defendió.

Mas que á despecho de la córte fuera
El la idolatra á cada instante mas,
Y por desprecio de la córte entera
Su boda Ibañez preparando está.

Era una noche de aterida niebla
En que refleja tan dudosa luz

Que entre la sombra que el espacio puebla
Nada se ve del firmamento azul.

En un salon henchido de riqueza
Un inmenso cercando aparador
Los vasallos están de mas nobleza
Que el rey Don Juan entre su córte halló.

Acogotando allí su envidia toda,
Damas é hidalgos en el real festin
Brindan y cantan á la ansiada boda,
Mal recatando su despecho asi.

Suenan las copas y las arpas suenan
Con largo y libre interminable són,
Y el aire denso y perfumado llenan
De blando y ronco y desigual rumor.

Al lado Ibañez de su linda esposa
Ebrio de amor y de ventura está,
Y cuanto admira la beldad de Rosa
Crece en el pecho su amoroso afan.

Toda su vida le parece un sueño,
Entre cuyos vapores nada ve
Mas que el camino que tras largo empeño
Le trajo de esta noche hasta el eden.

Rosa se muestra como nunca bella
Cual nunca Ibañez por azar la vió,
Aunque hoy encuentra perspiaz en ella
Algunas galas que la van mejor.

Halla en su rostro la espresion incierta
De una vaga ilusion de otra muger,
Con cuya oculta realidad no acierta
Y cuyo tipo conoció tal vez.

A veces piensa que la faz de Rosa
No es de su Rosa la continúa faz,
Y aun le parece que su frente hermosa
Muestra á intervalos palidez mortal.

Pero es sueño; de la alegre fiesta
Y de los brindis los efectos son :
Mas su cariño á su ilusion se presta
Crece con ella el fuego de su amor.

Aquella misteriosa semejanza
Mas le contenta y satisface mas;
Y aunque ébrio acaso la razon no alcanza,
Hoy como nunca satisfecho está.

Cesó la fiesta : libre el aposento
Todo en desórden por final quedó,
Y ambos á paso vacilante y lento
Van del placer y de la dicha en pos.

Ya era alta noche. Por la densa niebla
Cruzaba apenas tan dudosa luz
Que entre la sombra que el espacio puebla
Nada se ve del firmamento azul.

CONCLUSION.

Ya libres de las miradas
De la multitud curiosa,
Que envidiosa ó imprudente
Hasta cuando aplaude estorba,
En delicioso retiro
Don Pedro Ibañez y Rosa
Enamorados platican
En el altar de su alcoba.

Ella parece cual nunca
Halagüena y seductora,
Suelto el cabello y los lazos,
Y aliviada de las joyas.
Él en sus brazos la aduerme
En ilusion amorosa,
Mas que nunca embebecido
En los encantos que adora.
Ella en silencio le mira
Y las lágrimas le borra,
Que de amor y de esperanza
De los párpados le brotan.
Él, los labios encendidos,
La mirada borrascosa
Que aun turba el licor ardiente
Cuyos vapores le embotan;
Y ella con óculos tiernos
Templando la abrasadora
Sed de sus labios, le besa
Entre osada y ruborosa.
Una cortina de seda
Que entera cubre la alcoba
Vela á los profanos ojos
La escena voluptuosa :
Aunque la luz de una lámpara
Cuanto olvidada, traidora,
Trémula dibuja en ella
Sino los gestos, las sombras.
¡Noche de amor y esperanza
Que de la modesta esposa
Queda como blanco sueño
Para siempre en la memoria!
La de Ibañez, vive Dios
Que olvidó su vida toda,
Sus placeres y sus cuitas,
Su deshonor y su gloria.
No hay mas pasado en su mente,
Mas porvenir no ambiciona :
Vendiera por esa noche
Toda su existencia á Rosa;
Aunque un frio involuntario
Todo su cuerpo aprisiona,
Cual si en sepulcro pudiera
Convertirse la alcoba.
Algunas veces mirando
Los ojos de la que adora
Creyó alcanzar dentro de ellos

Alguna imágen diabólica.
Alguna vez embriagado
En su risa encantadora,
Creyó que los labios puros
Tomando distinta forma,
Mostraban por un momento
En negra ilusion dudosa
De un monstruo desconocido
La áspera y sangrienta boca.
« ¿Qué piensas, Ibañez mio?
¿Qué mal, dime, te acongoja,
Que vas el color perdiendo? »
Dijo al esposo la esposa.
Al contemplarla el semblante
Su espanto y asombro doblan;
E Ibañez con ambas manos
Entrambos ojos se frota.
Ella tornó á su pregunta,
Y él á su silencio torna,
Como quien tiene delante
Un espectro que le acosa.
« ¿Que sientes?

— ¡Oh! nada, nada;
Mas la vista se me borra,
Los objetos me vacilan ;
¡Cielos! ¿qué es aquesto, Rosa?
— ¿Qué dices que no te entiendo?
— ¡Ah! ¿eres tú, niña? perdona :
Mas ; tal vez mi fantasia
Se me está volviendo loca!
No sé porqué, mas el miedo
Que de mí se posesiona...
Oh, ciégame con tus labios,
Ven á mis brazos, ¡oh Rosa! »
Echóse en ellos la niña,
Ansioso Pedro abrazóla,
Mas al tocarla dió un grito,
Como quien espinas toca.
« ¡Quemas! » la dijo espantado;
Y soltándola en la alfombra,
Se miró el triste los dedos
Con que sostuvo su forma.
Ella seguía diciéndole
Con sonrisa seductora :
« ¿Qué tienes, Ibañez mio,
Que cuanto dices me asombra? »
Y él con ojos aterrados
Continuaba en su congoja,
Contemplándola sin habla
En convulsion espantosa.
Al fin con hondo cariño
Ella las manos le toma,
Diciendo con voz mas suave
Que el murmullo de las hojas :
« Amor mio, vuelve en tí;
Yo soy, mírame, tu Rosa,
Tú me lo has dicho, ¡alma mia!
Soy tu amor, tu Dios, tu gloria. »

Sonrió apenas Ibañez
Y medroso preguntóla:
« ¿He soñado, no es verdad?
Tú me despiertas ahora.
— Si por cierto, esposo mio:
Tú me has dicho tantas cosas...
Tantos delirios... que casi
Temí contigo estar sola.
— Oh sigue, sigue... ¡qué dulce
Me suena tu voz hermosa!
Sigue.

— ¿Quieres que te cuente
Para adormirte una historia?
— Sí, sí, dime cuanto quieras
Con tal que tu acento oiga.
— Pues escucha, que tal vez
Se disipe tu congoja. »
Ibañez, como quien sale
De pesadilla penosa,
Su voz escuchaba atento
Suave, argentina, sonora,
Sin acertar á entender
La sensación dolorosa
Que un momento antes le hacia
Su presencia encantadora.
El recostado en el lecho,
Ella á su lado en la sombra,
Estó á Ibañez le decia
Risueña y voluptuosa:

En un toco pueblecillo,
Aunque no recuerdo donde,
Vivia un baron ó un conde,
Que es igual, en su castillo.
En este pueblo vivia
Una villana, ¡oh hermosas!
La reina mas orgullosa
Por ella se trocaria.
Rosa, como yo me llamo,
La villana se llamaba,
Y un pobre hidalgo la amaba
Tanto como yo te amo.

Ibañez en su embeleso
Dulcemente sonrióla,
Y besándola en los labios
Siguió la niña su historia.

Vióla el baron cierto dia,
Y al contemplarla tan bella
Ciego de amores por ella
Solo por su amor vivia.
Pródigo la regaló,
Y tal su cariño fué,
Que por prenda de su fé
Su mano la prometió.
Ella avaró ó inconstante
Casóse al cabo con él.
Fué una noche bien cruel
Para el olvidado amante!
Este llegó de la boda
El mismo dia anterior;
Alas le prestó el amor...
¡Vana diligencia toda!
De su ventura testigo
Solo él llorando su duelo

No halló para su consuelo
Un pariente ni un amigo.

A estas palabras Ibañez
Embebido interrumpióla:
— Tu voz me encanta, mas pienso
Que es triste ese cuento, Rosa.
— Oísele á un peregrino
En una sentida trova;
Mas deja que te le cuente,
Porque es muy linda la historia.

Despechado en su afliccion,
Maldiciendo su fortuna,
Dejó la fiesta importuna,
Y abandonando el salon,
En que los brindis doblaban,
Bajó en su afan amoroso
A llorar al pié del foso
Lo que en la torre cantaban.
Era una noche serena,
En que la brillante luna
Reflejaba en la laguna
Con la luz de enero llena.
Todo estaba en soledad
Velado en vapor confuso,
Que en todo el invierno puso
Huellas de esterilidad.

Horvia el rio á lo lejos,
Medroso el viento sonaba,
Y el aire espeso vibraba
Del agua con los reflejos.
El negro y alto castillo
Allá en la sombra se via
Del blanco fanal que huia
Al resplandor amarillo.

Y aun en murmullo infernal
Lanzan sus rojas ventanas
Las cantigas que profanas
Respira la bacanal.

Aun puede oirse por ellas
Con el brindis del baron
El ronco y discorde són
Del vino y de las querellas.

Y sus vidrios de colores
Radian en la lobreguez
La movible brillantez
De fugaces resplandores.

El amante desdenado,
Sin poder con su dolor,
Pensó en su amargo furor
En verse al menos vengado.

« Por ese breve placer,
« Esclamó, diera al infierno
« Cuanto Dios puso de eterno
« En mi despreciable sér. »

Tembló pavoroso Ibañez
A estas palabras de Rosa,
Palideciendo al impulso
De una sangrienta memoria.
Y ella con triste sonrisa
Entre doliente y sardónica
Siguió, á los ojos de Ibañez
Cambiando su imagen propia.

A su sacrilego ruego
Diz que el infierno le dió
Por la alma que le vendió
Una venganza de fuego.
La torre há poco altanera
Brotó llamas de su centro;

Que es el niño atrevido marinero
Que al mar se lanza si inesperto, audaz,
Satisfecho con ver como ligero
Va por las ondas su batel fugaz.

¿Qué le importa el murmullo de la brisa
A quien sigue tal vez el aquilon?
Navegaré, se dice, mas aprisa
Del blando viento al compasado són.

¿Qué le importa que el agua se alborote
Tormentosas alzando olas sin fin?
Irá, se dice, mi estraviado bote
A dar como el que dejó á otro jardin.

¿Qué le importa que bajen las tinieblas
La noche desplomando sobre el mar?
El dice: cuando pasen estas nieblas
Ya me vendrá otro sol á despertar.

¿Qué importa que en espejos quebradizos
Hiervan los lomos del gigante azul?
El mira en ellos sus flotantes rizos
De la neblina entre el espeso tul.

¡Cuánto es alegre la niñez sencilla
Que en el bajel de su inocencia va,
Libre y segura sin perder la orilla
Del mar que al lejos rebramando está!

Duelos, dejadme que los lindos sueños
Loco recuerde de la edad pueril,
Que mire de la vida los empeños
Desde su verde y delicioso abril.

Dejad que vaguen mis cansados ojos
De árbol en árbol y de flor en flor,
Del sol brillante á los destellos rojos
Que al universo dan vida y color.

¡Vida! Blanco y risueño panorama
Para el que nace en virgen ilusion;
Desierto dó eternal el cierzo brama
Para el que lanza en él su corazon.

¡Vida! Fantasma bello y mentiroso
Cuanto halagüeño en tu ilusion, fatal,
Yo miraré con ojo receloso
La luz de tu fantástico cristal.

Cantaré tus estériles placeres,
Y entre tus flores escondida red
La loca tentacion de tus mugeres,
Corrientes que no templan nuestra sed.

Que si nacemos á la amarga vida
Riendo lo que habemos de llorar,
Yo quiero mi existencia dolorida
Gozar llorando y mi dolor cantar

I.

Es una bella aurora
Fresca, purpúrea y clara

Quedó la venganza dentro,
Mas el vengador afuera.
Años esta noche hará
Que el castillo se incendió,
Media vida al galan dió,
Y ahora mediándose está.

« ¡Cielo santo! » clamó Ibañez
Con voz despechada y ronca,
Arrancándose del lecho
Y de los brazos de Rosa,
« ¿Qué es esto? ¡la luz me falta,
El ambiente me sofoca...! »
Y asiendo de la ventana
Abrió á un tiempo las dos hojas.
Entró á tal punto por ellas
Sonante, negra, espantosa
Una llamarada inmensa
Que lamió el suelo y la bóveda.
Corrió á la puerta y en vano
Con impetu sacudióla;
Por fuera la sujetaba
Resistencia poderosa.
Tendió desolado y triste
Los ojos, y allá en la alcoba
Vió sentada sobre el lecho,
Prendiendo fuego á las ropas,
Una aparicion horrible
Que en su vacilante forma
Mostraba al par su contorno,
Mitad monstruo y mitad Rosa:
Y al són de la ardiente llama
En voz le decia cóncava:
« ¡Alma entera y vida media!
El alma la tengo toda,
Diez años eran de vida,
Y están mediándose ahora. »

EL NIÑO Y LA MAGA.

FANTASÍA.

¡Cuán risueña es el alba de la vida,
Esa mágica edad de la ilusion,
En que vejeta el alma adormecida
Ajena de inquietud y de ambicion!

¡Cuánto se vive alegre y sin recelo,
Cuánto se goza lejos del pesar,
Llevando nuestro débil barquichuelo
De la existencia por el negro mar!

Entonces sin pensar en quien nos hizo
Ni el vano mundo y su placer traidor,
Gozamos por el dia tanto hechizo
Y dormimos la noche sin temor.

En que va murmurando
 Por la floresta el aura.
 Las hojas estremece
 Con las sonantes alas,
 Cruzando fugitiva
 Por una y otra rama.
 Ya por el blando césped
 Silenciosa se arrastra,
 Robando sus perfumes
 Al tomillo y la grama.
 Ya en torno de los troncos
 De las encinas altas
 Columpia en sus cortezas
 Las ramitas enanas.
 Ya de la limpia fuente
 En la repleta taza
 Arruga, trenza y riza
 Los hilos con que mana.
 Es un jardín florido
 Henchido de fragancia
 Que á par enriquecieron
 Con afanosa maña
 Naturaleza fértil
 Con su silvestre gala,
 Y la incansable industria
 Con su rica elegancia.
 Aquí por los linderos
 Las violetas moradas
 Matizan de los céspedes
 La vivida esmeralda.
 Allí de clavellinas
 Entumecida mata
 Sus infinitos hijos
 A sostener no basta.
 Allí las anchas rosas
 Su pabellon de grana
 Entienden afrentando
 Las azucenas blancas.
 Allá el cárdeno lirio
 Se eleva con audacia
 De azules pensamientos
 Su raíz tapizada.
 Mas lejos un geráneo
 Que aroma el aura mansa
 Envidia á los renúnculos
 Las tintas soberanas.
 Y allá entre sauces verdes
 Que humedecen las aguas,
 Entre sonantes hojas
 Y retorcidas varas,
 En cargados racimos
 Madreselva olvidada
 Convida con sus flores
 Amarillas y blancas.
 Ni faltan en macetas
 Y transparentes jarras
 Pomposos tulipanes
 Que sus capullos rasgan.

Sobre ellos cuidadosos
 Tienden sus hojas anchas
 Los fértiles naranjos,
 Las corpulentas hayas.
 Hay en su bosquecillo
 De mirtos y de acacias,
 En una placetuela
 De rosales cercada,
 Una anchurosa fuente
 Que en torno se derrama,
 Está el pilon colmado,
 Y en medio se levanta
 Sobre dos piés de jaspe
 De alabastro una taza;
 Y mil vistosos peces
 En su remanso nadan,
 Que asoman atrevidos
 La fugitiva espalda.
 Se escucha desde lejos
 La música liviana
 Con que murmuran leves
 Las revoltosas aguas;
 Y en su cristal inquieto
 El sol que alumbra el alba
 Saliendo reverbera
 Con luz tornasolada.
 Sentado en las orillas
 Por dó la linfa clara
 Desde la limpia fuente
 Bullendo se derrama,
 Deshojando unas flores
 Que el arroyuelo arrastra
 Miraba el niño Adolfo
 Cómo las lleva el agua.
 Su imágen la corriente
 Trémula le retrata
 Los ojuelos alegres,
 Las manitas nevadas,
 La blonda cabellera
 Tendida por la espalda,
 La frente ruborosa
 Y la sonrisa cándida.
 Soñaba desvelado
 Inocentes fantasmas
 Que á la niñez tranquila
 Espléndidos halagan;
 De esos delirios puros
 Que fugitivos pasan
 Y aduermen los sentidos
 Sin que los sienta el alma.
 Ilusiones magníficas
 Con cuyas sombras mágicas
 Los gozos se deshacen
 De nuestra breve infancia.
 Ceñida de una nube
 De vaporosa gasa,
 Que el aire llena en torno
 De suavísimo ámbar,

De rosas y azucenas
 La frente coronada,
 Prendida en ricos pliegues
 La vestidura blanca,
 Salió de entre los mirtos
 Con cautelosa planta
 Una ilusion dichosa
 De paz y bienandanza.
 Las flores en sus tallos
 Por donde aérea pasa
 Se esponjan y enderezan
 Y doble aroma exhalan.
 La brisa en torno suyo
 Murmuradora vaga,
 Y entre las hojas verdes
 Se enreda y esparrama.
 Colúmpianse las copas,
 Los ruiseñores cantan,
 Las tórtolas arrullan
 En amorosas cláusulas,
 Y todo en los jardines
 Al paso de la maga
 Respira la ventura
 De juventud colmada.

Tomó la mano de Adolfo
 Que sobre el césped descansa,
 Quien al verla tan hermosa
 Entre sus brazos se lanza.
 Los negros rizos la coje,
 La besa la frente casta,
 En sus pupilas se mira
 Y en su sonrisa se embriaga.
 Ella en su seno le estrecha,
 Le acaricia y le regala,
 No como madre afanosa
 Sino como amante hermana;
 No como en signo de albricias
 De un hijo perdido que halla,
 Como quien se alegra hallando
 Con quien dividir sus galas.
 Adolfo se la sonríe
 Y el blanco cuello la abraza,
 Admirando su hermosura
 Con infantil confianza.
 « Oyeme, Adolfo, le dijo
 Halagándole la maga :
 Si tú quisieras conmigo
 Vivir... tengo una morada
 Llena de fuentes y flores
 Y de deleites y galas :
 Tengo palacios de oro
 Suspendedos en montañas
 En un país no lejano,
 A quien *Existencia* llaman.
 — ¡ Oh por cierto que eres rica !
 — Lo que imaginas es nada ;

Todo el universo es mio.
 — Pues ¿ quién eres ? — La Esperanza.
 — ¿ Y estarás siempre conmigo ?
 — Iré siempre donde vayas.
 — Pues vamos donde quisieres.
 — Sígueme, pues, que ya tardas. »
 Siguióla contento Adolfo,
 Y á una señal de la maga
 De aquella anchurosa fuente
 Dividiéndose la taza,
 Tórnase en un canastillo
 Que se columpia y resbala
 De un claro y tranquilo rio
 Por sobre las ondas mansas :
 Y entrándose confiados
 En tan vacilante barca,
 Dejéronse ir sin recelo
 A los caprichos del agua.

II.

Andaces surcando las aguas serenas
 Al lánguido impulso del aire sutil,
 Tocaron opuestas las limpias arenas
 Que el rio aprisionan al otro confin.

Posaron la planta donde ancho camino
 El paso les abre de vasta region,
 Que pródigo y rico regala el destino
 Y espléndido viste de ocioso primor.

Allí en los linderos, vistosos jardines
 De cuyas florestas el fin no se ve
 Empiezan, y orlados de azahar y jazmines
 Alfombras de flores encuentran los piés.

La luz es continua, de un alba rosada
 Que presta al ambiente purísimo azul,
 Y un zéfiro el aire cuya ala aromada
 Refresca la tibia ilusion de la luz.

Dó quiera en las hojas del árbol florido
 Se siente escondido
 Al mirlo trinar;
 Dó quiera en la yerba menuda se siente
 La rápida fuente
 Saltando brotar.

Dó quiera volando sutil mariposa
 Columpia una rosa,
 Sacude un clavel,
 Las alas ufana mostrando á las flores
 De ricos colores
 Pintadas también.

Dó quiera arrastrando su casa con pena
 Sobre una azucena
 Se ve al caracol,
 Que tiende los ojos al sol generoso,
 Pidiéndole ansioso
 Consuelo y calor.

Dó quiera en las ramas colgada la oruga
Sacude y arruga el sonoro cristal,
Que en claros espejos, ó en líquidos hilos
En lagos tranquilos posándose va.

Dó quiera en las ramas del álamo verde
A lo alto se pierde en movible ilusión,
Meciendo la bella oropéndola el nido
Que anima tendido benéfico el sol.

Desplega pomposa á la luz con que brilla
La pluma amarilla,
Que ostenta fugaz,
Abriendo esponjado y en círculo rico
El triple abanico
Que tiende al volar.

Aquí no se encuentran ni sauces llorones,
Ni en lúgubres sonos
Agita el ciprés

La fúnebre punta, cual hacha mortuoria
Que alumbra la historia
Pasada de ayer.

La espléndida lumbre del sol no se apaga;
Sin término vaga
La brisa sutil;

La noche carece de sombra importuna,
Ni deja la luna
Jamás de lucir.

Del mar á lo lejos se siente el murmullo
Cual lánguido arrullo
Del aura no mas,

Cual banda de plata que el puro horizonte
Tendió sobre el monte,
Tapiz de cristal.

Allá en sus amenas tendidas riberas
A dó pasajeras
Se van á perder

Las ondas sonoras, en tiendas de armiños
Tan solo los niños
Alegres se ven.

En lechos de rosas, jazmín y claveles,
Bajo almos doseles
De plumas de luz,

Reposan tranquilos sin noche ni día
Sin miedo á la impía
Desdicha comun.

No acosa su mente recuerdo pasado,
Que solo han gustado
La dicha y placer,

Porque es la ribera del mar de la vida
La casta, florida,
Tranquila niñez.

En ella comienza dichoso el camino
Dó puso el destino
Tras linde feliz,

De nuestra existencia tristísimo, aciago
El árido y vago
Desierto país.

¡Oh! cuando dormimos al pié de la cuna
Es todo fortuna,
Deleites y paz;
El día es tranquilo, la noche serena,
La selva es amena,
Fronroso el erial.

Las lágrimas puras que entonces se vierten
Acaso divierten
En vez de doler...

¡Vereda dichosa! ¡Portada florida
Por dó entra en la vida
La dulce niñez!

Adolfo y la maga cruzaban por ella
Y el niño tan bella,
Tan llana la halló,
Que andaba embebido de un lado á otro lado
Gustando la fruta,
Doblando la flor.

Ya el vuelo seguía de pájaro errante,
Ya el ala brillante de insecto sutil,
Ya el curso sonoro de inquieto arroyuelo
Que rueda del suelo en el verde tapiz.

Saltaba y reía sin pena ni enojos,
Gozaban sus ojos
La alegre vision,

Sus tiernos sentidos la suave frescura
Y el sôn que murmura
Del aura veloz.

Vagaba contento: ¿qué importa por dónde?
Su infancia le esconde
La negra verdad.

¿A qué preguntarla?—Si es plácido el sueño
¿A qué con empeño
Querer despertar?

La ruta siguiendo, los blancos jazmines,
La luz, los jardines
Llegaban allí;

Ya el sol es ardiente, mas duro el camino,
No hay ya peregrino
Plantel ni jardín.

Al paso que avanza por otra vereda
Detrás de quien queda
La alegre region,

Sentía en el pecho que audaz caminando
Cobraba ganando
Firmeza y vigor.

La maga amorosa seguía ligera
Fantasma hechicera
Vagando tras él;

Mas joven y hermosa conforme adelanta,
Dejando su planta
Detrás la niñez.

III.

Adolfo. ¿Qué sitio es este, señora?
¿Dónde estamos? que si no
Mienten mis ojos, ya es esta
Otra distinta region.

La maga. Estamos, al fin, Adolfo,
En un país superior,
En donde nada caduco,
Nunca estéril vejetó.

Adolfo. Y esos alcázares de oro
Que se ven en derredor,
Esos pensiles colgados,
Esos bosques ¿cuyos son?

Maga. De una emperatriz hermosa
Tan alegre como el sol,
En cuyos vastos dominios
No hay lágrimas ni dolor.

Vive en ociosos festines
De blanda música al sôn,
En brazos de los placeres,
De la gloria y del amor.

Tan poderosa y tan rica
Que á su audacia y su ambicion
Ni los mares ponen coto
Ni los peligros pavor.

Tan bella y tan cortesana,
Pues que como ella no hay dos,
Ni hay fuerza á quien no atropelle,
Ni grandeza la asombró.

Poco á sus delirios fueron
Ambos mundos en redor:
«Todo ó nada,» — dijo ansiosa
Y sobre ambos se asentó.

Y celebrando insensata
Su destino triunfador,
Llamó al placer y la vida
Y con ellas le partió.

Trajo á sí cuantas hermosas
Les siguen á ambos en pos,
Cuantos galanes y ociosos
En ambos mundos halló.

Dióles galas y palacios,
Campos de inmensa estension,
Trovadores que les canten,
Baños de esquisito olor:

• Y al hacer de tanto lujo
Desigual reparticion,
Dijo: — «Gozad y pedidme,
Que si hay dioses, yo soy dios.»

Adolfo. ¿Y quién es tan atrevido
Espíritu protector,
A quien nada se resiste
Y á quien nada se igualó?

Maga. La JUVENTUD.

Adolfo. ¡Dama ilustre!
Envidiable en su favor.

Maga. ¿La servirías?

Adolfo. La adorara.

Maga. ¿Fueras su amigo?

Adolfo. El mejor.

Maga. Pues alguien hay que pudiera
Concedértelo.

Adolfo. ¿Quién?

Maga. Yo.

Adolfo. ¿Quién eres, que tal poder
Alcanzas?

Maga. Su hermana soy:

Que JUVENTUD y ESPERANZA

Nacidas á un tiempo son.

Adolfo. Pues lleguemos al palacio,

Porque ya siento por Dios

Por sus ilustres favores

Perdido mi corazon.

Maga. ¿Esperas vencer?

Adolfo. Espero

Que he de conquistar su amor.

Maga. Bien haces en esperar,

Puesto que contigo voy.

Dió Adolfo el brazo á la maga,
Y ambos con paso veloz
Doblaron hácia el palacio
En coloquios de ambicion.

Dó quiera en su sacro recinto se oía
La ronca alegría
Del loco festin;

Los besos y brindis que en torno se exhalan
Al alma regalan

Con música dulce, esperanza feliz.

Las bóvedas altas de perlas vestidas

Dó están suspendidas

Centellas de sol,

Duplican del día la luz trasparente

En ancho torrente,

Vertiendo en las salas cambiante color.

Los ricos tapices que ocultan los muros

Remedan los puros

Espejos del mar,

Sutiles dejando á través de sus hilos

Mirar los tranquilos

Reflejos del muro de limpio cristal.

Dó quiera la rosa, el clavel, los jacintos,

En lazos distintos,

En cifras de amor,

Anuncian orlando las blandas alfombras.

Las mágicas sombras

Que al hombre adulando, le siguen en pos